



C. Robert Cargill

# Sueños y sombras

Traducción de Dimitri Fernández Bobrovski

## Índice

### *Agradecimientos*

#### *Libro primero*

Capítulo 1. La bestia que se oculta en la noche

Capítulo 2. Sobre Bendith Y Mamau y los impostores que dejan a su paso

Capítulo 3. El encuentro casual del niño Colby

Capítulo 4. Las diez mil botellas de la hija del pescadero

Capítulo 5. Un día grande para Colby Stevens

Capítulo 6. El genio a la vuelta de la esquina

Capítulo 7. Colby hace su elección

Capítulo 8. El velo entre dos mundos

Capítulo 9. Ewan prepara la caza

Capítulo 10. El joven impostor Knocks

Capítulo 11. Cortejando a Mallaidh

Capítulo 12. El triste y bastante solitario final de Abraham Collins

Capítulo 13. Sobre la psicología de los trasgos del bosque

Capítulo 14. El telón del Gran Escenario se levanta

Capítulo 15. La Caza Salvaje

Capítulo 16. Los atronadores cascos de Tiffany Thatcher

Capítulo 17. El tributo al Diablo

Capítulo 18. La llegada de Colby

Capítulo 19. Coyote el pícaro y el Pájaro del Lago

Capítulo 20. El Consejo de las Cinco Piedras

Capítulo 21. Días como una sombra que pasa

Capítulo 22. Colby Stevens se condena

Capítulo 23. La hora más oscura de la noche más oscura del año

Capítulo 24. Los últimos minutos de la infancia

*Libro segundo*

Capítulo 25. Comprender la naturaleza de lo sobrenatural

Capítulo 26. El joven Colby Stevens

Capítulo 27. Los depredadores de la calle Segunda

Capítulo 28. El joven Ewan Bradford

Capítulo 29. Malditos y Condenados

Capítulo 30. El susurro del velo o algo parecido

Capítulo 31. Las Leanan Sidhe

Capítulo 32. La tarde de los amantes

Capítulo 33. El desayuno del filósofo

Capítulo 34. Una última parada antes de anoecer

Capítulo 35. Las tres damas del lago Ladybird y las almas que almacenan debajo

Capítulo 36. Sólo esta noche

Capítulo 37. La verdad, por fin

Capítulo 38. El Sabbath de las hadas

Capítulo 39. La herrería de los duendes

Capítulo 40. El genio que se arrastró dentro de una botella

Capítulo 41. La promesa del mañana

Capítulo 42. Una extraordinaria rendición

Capítulo 43. Colby y el Consejo de las Cinco Piedras

Capítulo 44. Espacio y tiempo

Capítulo 45. Todo el infierno

Capítulo 46. Donde, en última instancia, pertenecemos todos

Capítulo 47. De fantasmas y cosas del pasado

Capítulo 48. Dos en la pradera

Epílogo

*Créditos*

*Para Jessica,  
que lo es todo*

## Agradecimientos

Este libro jamás hubiera llegado a tus manos sin el esfuerzo y la ayuda de muchas personas increíbles con las que he contraído una deuda que presiento no podré pagar. Todos han sido maravillosos y espero que, con los años, encuentre alguna manera de recompensarles.

Para Harry Knowles, que me lanzó al agua para ver si nadaba o me hundía, que muchas veces me echó a los lobos para curtirme y que me arrojaba un cabo cuando más lo necesitaba. Para Brian Keene, que me preguntó por qué no estaba escribiendo y me aseguró que podría hacerlo.

Para mis lectores de todos estos años, que han buscado mis artículos, me escribieron alguna carta o mandaron un tuit, para bien o para mal (pero sobre todo para bien). Para todos los editores —demasiados para nombrarlos a todos— que, durante tantos años, me contrataron, me echaron jarros de agua fría y me enseñaron. Y para todas las personas que me despidieron de un trabajo o me obligaron a dejarlo para recordarme lo que realmente quería hacer.

Para Paul Gandersman, por el café y por ayudarme a encontrar el ritmo del libro; para Ari Marmell, por el café y por ayudarme a encontrar la estructura del libro; para Jason Murphy, por el whisky y por ayudarme a reunir el coraje; para Patricia Knowles, por abofetear a Harry de vez en cuando y hacerme saber que iba por el buen camino; para Lucas Mullen, por ser el tipo al que se puede llamar para pedirle un favor sin importar la hora y que, sin dudarlo por un instante, cualquier día me echará una mano para deshacerme de algún cadáver. Todos ellos me ayudaron mucho con sus primeras observaciones.

Para la embaucadora Diana Gill, que, como el señor Miyagi, me hizo escribir un libro mejor del que encontró y para todo el equipo de Voyager: Shawn Nicholls, Dana Trombley, Will Hinton, Adam Johnson, Jesse Edwards y Pam Spengler-Jaffee. Para Simon Spanton, cuyo entusiasmo fue el faro que me guio en las noches más duras y oscuras. Para Peter McGuigan, la estrella del rock de los agentes literarios, que en una ocasión me mostró en dos semanas más aplomo del que la mayoría de las personas muestran en toda su vida, para Stephanie Abou y el excelente equipo de Foundry. Para mi agente, David McIlvain, cuyos consejos siempre me ayudan a ver las cosas más claras, y para su confidente, Mac Dewey, que fue un primer creyente.

Para Scott Derrickson, mi compañero de escritura, mi amigo y el hombre que me abrió la puerta. Leyó este texto antes que nadie, hizo sugerencias antes que nadie y creyó en él antes que nadie. Y ayudó a mejorarlo. También hacemos películas.

Y para Jessica, que ama a su escritor y ese escritor la quiere más que al aire que respira y que se enamoró tanto de esta historia que exigió que la escribiera. Conoció a un chico, le convirtió en un hombre, y nunca dejó que se rindiera. Por eso este libro es verdaderamente suyo, porque sin ella, ninguna de las personas mencionadas anteriormente lo hubiera visto nunca. Ni tú tampoco.

Y para los incansables esfuerzos del anónimo miembro de la policía local, sin cuya investigación este libro no hubiera sido posible.

# LIBRO PRIMERO

## Capítulo 1

# La bestia que se oculta en la noche

Érase una vez dos personas que estaban muy enamoradas. Se conocieron en la biblioteca del instituto mientras leían el libro de francés de décimo grado, él levantó furtivamente los ojos de un pasaje en francés bastante denso, esperando que ella alzara los suyos, escondidos tras unas gafas de montura de pasta. Él adoraba las monturas de pasta. Sus corazones retumbaron. Sus respiraciones se entrecortaron. Las mariposas llenaron sus estómagos. Ella sonrió y el mundo se detuvo.

Él tartamudeó, farfulló, intentó devolverle la sonrisa, pero sólo logró que sus labios se abriesen un poco, enseñando los dientes. Y cuando volvió a ocultar la cabeza tras el libro, ella se rio, porque sabía que ya era suyo.

Desde que intercambiaron sus primeras palabras, rara vez habían permanecido un solo momento en silencio juntos. Ambos compartían la pasión por la conversación —cosa que sacaba de quicio a los que los rodeaban— y nunca tuvieron problemas para encontrar algo de qué hablar. En su primera cita, regresaron caminando lentamente desde la sala de cine hasta Dairy Queen, comentando con todo lujo de detalles todos los aspectos de la película, desde el maravilloso protagonista escocés —Ewan—, hasta la escena en la que alguien se colaba en un water. Él la tomó de la mano, sintiendo el hormigueo en cada dedo que rozaba su blanca piel de adolescente. Sus miradas se encontraron, el hormigueo se propagó desde las puntas de los dedos, a través de las manos, hasta la nuca, bajando por las colum-

nas vertebrales hasta terminar haciendo un tirabuzón en los dedos de los pies.

Fue entonces cuando él lo sintió. Sus dedos se entrelazaron con los de ella, podía sentir que temblaba como un gatito asustado. Lo había notado antes, pero no le había dado importancia, pensando que se debía al frío, como una frágil hoja temblando en la brisa del HELADOR AIRE ACONDICIONADO anunciado en letras de molde en el exterior de aquel cine de sala única. No. Ella estaba nerviosa, tenía miedo de estropearlo todo. Él sonrió, porque sabía que ya era suya.

Fue un primer beso perfecto. La atrajo hacia sí con fuerza y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Años más tarde, los dos se reirían de aquellos niños tontorrones ensayando su primer beso a tornillo, pero en aquel momento —entrelazados en un abrazo— era la mismísima felicidad. Con el tiempo lo perfeccionarían. Y años más tarde, en un caluroso y húmedo día de abril, se encontrarían ante un montón de familiares y amigos, proclamando al mundo entero: «Hasta que la muerte nos separe». Y lo sentían de verdad. Todas y cada una de las palabras.

Y después él la tomó entre sus brazos y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Esta vez lo hizo bien. Entonces el sacerdote los presentó al mundo. Jared y Tiffany Thatcher.

Aunque no procedían precisamente de un remoto pueblo perdido, ninguno de los dos esperaba acabar viviendo en el piso diecisiete de un céntrico bloque de apartamentos, construido para aspirantes a yuppies y universitarios de padres ricos, con vistas sobre el lago, en un barrio de moda de la parte sur de la ciudad. Era caro, especialmente si se tenía en cuenta que un bebé estaba en camino, pero valía la pena. Eran casi un cliché, se habían convertido en el cuento que se cuenta a las niñas al acostarse, la prueba palpable de que los sueños se hacen realidad, de que algún día, *aparecería su príncipe* con todo lo que eso conlleva.

No les importaba ser un cliché o un cuento que se cuenta al irse a la cama. Ni lo más mínimo.

Su primer y único hijo nació un domingo. Era fuerte, sano y tenía el número correcto de dedos en las manos y en los pies. «Una muestra perfecta de los genes de los Thatcher», lo había descrito Jared. Se habían superado fabricando un bebé perfecto, su nombre, sin embargo, resultó ser un problema. Se llamaron de tontos para arriba mientras intentaban pensar en algo inteligente, algo encantador, algo que expresara a la perfección el amor que compartían. Pero no se les ocurría nada. Y mientras la enfermera se acercaba, con la partida de nacimiento en la mano, a los padres acurrucados junto a su hermoso bebé envuelto en pañales, Jared agitaba las manos suplicando que les concediera unos minutos más.

—¿Puedes creerlo? —preguntó a su esposa—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Miraron con asombro a su hijo, recordando los dos aquel primer beso. Aquella noche. Aquella película. La idea les vino de golpe.

—Ewan —dijeron los dos a la vez.

Sus ojos se encontraron, Jared abrazó a su esposa y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Era perfecto. Lo decía todo. *Ewan*. El niño que cambiaría sus vidas para siempre.

Ewan Thatcher nunca lloraba, nunca se quejaba, sólo gorjeaba. Y dependiendo del tono y la intensidad, Tiffany sabía si tenía hambre, si necesitaba que le cambiasen el pañal o si simplemente quería que le cogieran en brazos. Le encantaba que lo cogieran en brazos y a Tiffany le costaba soltarlo luego.

—Vas a echar a perder a ese chico —decía Jared, tratando de ocultar su sonrisa radiante—. Nadie puede estar más tiempo entre tus brazos que yo.

—Eres tú el que está echado a perder —se revolvió juguetona Tiffany—. Tú ya tuviste tu tiempo. Ahora le toca a

él.

La tarde que precedió a la noche en la que Tiffany vio por última vez a su hijo fue especialmente hermosa. Todas las ventanas de la casa estaban abiertas, una brisa leve mecía las cortinas al pasar y hacía cosquillas en la piel con sus besos de mariposa. Las ventanas abiertas no preocupaban a Tiffany —estaban en el piso diecisiete y Ewan apenas sabía darse la vuelta por sí mismo.

Acababa de dejar a Ewan en la cuna después de la toma de la tarde y tarareaba desafinando una cancioncilla para que se durmiera.

Si hubiera escuchado, en vez de canturrear, habría oído el débil y lejano sonido de unas garras resbalando sobre el pulido hormigón.

Debajo del balcón, aferrada a la parte inferior de la barandilla, colgaba una retorcida masa de bulbosa carne de color marrón. La bestia, de cabeza deforme y una descomunal frente que se cernía sobre unos minúsculos ojitos amarillentos e inyectados en sangre, gruñía silenciosamente. Su calva conservaba todavía algunas matas de pelo gris, briznas peinadas desesperadamente para ocultar la arrugada carne. Los flácidos músculos se abultaban en los sitios más extraños.

Se había detenido para agarrarse mejor con sus enormes brazos de mono al borde de la barandilla porque los desafinados ruidos que emitía la boca de Tiffany le hacían retorcerse de dolor.

Para Dithers, un Bendith Y Mamau, la canción de Tiffany era como el último estertor de un animal estrangulado, el triste y estridente sonido de una manada de arpías lanzándose en picado sobre su presa. La intención de la mujer era buena, pero eso no evitaba que Dithers recibiese con una mueca dolorosa cada nota destrozada. Se apretaba contra la pared, rezando por que el velo no fallara y lo dejara expuesto a esa altura. Se agarraba con fuerza, agradecido por

tener otro balcón debajo que amortiguaría su caída si la mujer la emprendía con alguna canción conocida.

Había oído a mucha gente cantar mal, pero esta madre carecía de una sola cuerda vocal que pudiera reproducir una nota y mucho menos hilvanar una melodía. Se merecía lo que se le venía encima, se lo merecía por lo que le estaba haciendo a la música. Dithers llevó la mano a la espalda para palpar el saco de cuero que se retorció colgado de una correa al hombro. Todo lo que necesitaba era que esa bestia amamantadora volviera a la cama para permitirle llevar a cabo la tarea más importante de su vida.

Ewan, metido en su cunita, se estaba sumergiendo en el sueño de los bebés, con las notas de la melodía que tarareaba su madre entrando y saliendo de sus sueños carentes de forma. Tiffany sonrió, sabiendo que tenía sus buenas dos o tres horas antes de que los gorjeos y balbuceos empezasen de nuevo. Se quedó por un momento admirando a la maravilla en la cuna. Su mano acarició la coronilla del bebé y este se revolvió un poco antes de quedarse quieto de nuevo. La canción terminó y la mujer se dirigió apresuradamente a la cama, procurando pisar con cuidado para no despertar a su hijo.

Dithers suspiró y cerró los ojos, mientras recitaba una oración silenciosa. En un fluido movimiento, se balanceó hacia atrás y, tomando impulso con el pie en la parte inferior de la terraza, rodó por encima de la barandilla para aterrizar en el suelo con la gracia de un gato. Miró a su alrededor, esta noche no había nadie que pudiera verle a esa altura, ni siquiera una paloma o un ángel. Le hubiera gustado sonreír, pero no había terminado el trabajo todavía, aún podrían salir mal muchas cosas.

*Los ojos fijos en la cuna.*

Se lanzó por la puerta abierta, apartó las cortinas de gasa y echó una rápida mirada para asegurarse de que no le veía nadie. *Nadie debía saberlo. Nadie.* El edificio era nuevo y los habitantes del más allá todavía no habían ejercita-

do sus derechos sobre los rincones más oscuros. Tanto mejor. No quería peleas. Él sólo quería coger al chico y marcharse. De una zancada llegó a la barandilla de la cuna. Se detuvo durante un breve momento —no más que un instante— para pensar en lo que tenía que hacer, revisando mentalmente la lista una vez más.

Luego metió una mano en el saco y tomó al bebé con la otra.

En un movimiento ensayado, cambió lo que contenía su saco por el niño de la cuna. Al instante ya estaba fuera, saltando por encima de la barandilla del balcón, volando a ciegas en la noche sin detenerse para admirar su propia obra.

Dithers voló hacia abajo los diecisiete pisos, agarró con el brazo extendido el tronco de un árbol y giró alrededor, dejando unos rasguños en forma de espiral en la corteza. Sus pies todavía no habían tocado el suelo cuando ya estaba corriendo a toda velocidad para alcanzar la parte posterior del edificio, que permanecía en la oscuridad. A sus espaldas, metido en el acolchado saco, Ewan sonrió y gorjeó disfrutando del accidentado paseo.

Nunca volvería a ver a su madre.

Diecisiete pisos más arriba las cortinas seguían agitándose. Tras ellas, en la cuna, yacía un bebé prácticamente igual a Ewan y con un pijama idéntico. Sucio de vómito y heces, despidiendo un denso hedor a podredumbre del pantano, el niño se removía incómodo en el acogedor colchón. En el aire no quedaba el menor atisbo de embeleso y la brisa no olía a laurel de montaña. Era el lugar más horrible y aséptico en que había estado. Así que comenzó a llorar.

Tiffany salió disparada de la cama como si el edificio estuviera en llamas, desgarrando las sábanas, corrió a toda velocidad hacia la habitación del bebé. *Algo iba mal. Muy mal.* Tenía que ser cuestión de vida o muerte para que un bebé, que nunca había hecho un ruido más fuerte que unos tos, llorase de esa manera. Al doblar la esquina, sus calceti-